

■ SAN MARTÍN, Francisco Javier, *Dalí-Duchamp. Una fraternidad oculta*, Madrid, Alianza Forma, 2004

*Silvia Alzueta García*

El historiador y crítico de arte Francisco Javier San Martín, ha publicado numerosos libros sobre arte contemporáneo entre los que destacan el dedicado a Brancusi o al Futurismo italiano. Entre sus artículos destaca con especial interés, por la relación evidente con la publicación que nos ocupa, el dedicado a Dalí, "Gloria entre los dientes, angustia entre las piernas", en el que preconiza la relación escondida de las concomitancias entre los artistas que protagonizan esta obra: *Dalí-Duchamp. Una fraternidad oculta*. Actualmente es profesor en la Facultad de Bellas Artes y de Historia del Arte del País Vasco.

El ensayo se articula en nueve capítulos: *Cristales rotos, La mujer desmontable, Objetos reales, Erizos y estrellas fugaces, Mercaderes de pelo, El rostro de Mae West, Salpicaduras, Ajedrez y GRADIVA*. En ellos se cuenta, mediante la comparación de sus personalidades y sus obras, una historia de la vanguardia antes jamás contada, en el que las relaciones "rizomáticas" de los distintos artistas, escritores, marchantes, directores de cine, diseñadores... que conviven, o no, con Dalí y Duchamp son sacados a escena. San Martín nos presenta la intrahistoria de una vanguardia que quedaba oculta tras la visibilidad de lo establecido, y todo ello como pretexto para hablar de Dalí (ante todo) y Duchamp (en particular), en donde no faltan clarividentes apuntes sobre Paul Delvaux, De Chirico, Man Ray, Hans Bellmer, Claude Cahun y Warhol, entre otros.

Este libro se presenta como el fruto de la curiosidad intelectual y la pasión de una larga relación de amor/odio que la figura de Dalí suscita en el profesor. El resultado de esta indagación teórica impecable refleja la estrecha y oculta unión, de respeto y admiración artística, que el catalán ha mantenido con uno de los grandes del siglo XX, Marcel Duchamp. Junto o frente a este artista el escritor dispone a una figura de tranquila apariencia, cuya discreción y silenciosa rebelión mina los pilares del arte, dejando tras de sí multitud de cristales rotos tras los distintos portazos y atrevimientos que ha planteado a la "institución arte", siempre desde la discreción y elegancia que en vida le caracterizó. Cristales rotos dejó también Dalí pero nunca pasaron desapercibidos, sino que ocuparon la primera plana de los periódicos. Sin embargo, ninguno de los dos creadores han desaparecido tras la efervescencia del escándalo o de la novedad del momento, sino que ambos siguen estando presentes en la mente de todos y generando aún hoy acaloradas disputas.

El ampurdanés se mofa de la iconografía política, de ahí su insistencia e interés por los grandes dictadores del siglo XX y su controvertida actitud que va unida a la irreverencia e incapacidad para mantenerse dentro de cualquier disciplina que no sea la que él mismo se ha autoimpuesto, presentándose al mundo como el genio total y absoluto. Frente a esto, Duchamp, quien al margen de la vanguardia y del arte moderno, a través de gestos de antiarte, redefine totalmente el contexto en el que se sitúa la obra de arte. Dalí escandaloso, húmedo, terrenal... Duchamp silencioso, seco, aéreo...; ambos mantienen una unión especular en el que las relaciones son sutiles y están ocultas bajo la discreción, llenando de guiños y citas constantes su producción. Francisco Javier San Martín

desvela el diálogo, el código por el que estos dos grandes artistas del siglo XX se comunicaban relacionando sus obras a través de un equilibrio disonante, en el que la lucha de contrarios da lugar a un todo unitario que los relaciona e introduce dentro de la historia de los istmos, de la que en vida fueron voluntariamente desterrarlos y que, posteriormente, y sobre todo en el caso de Dalí, sus voces han sido calladas para ocultar la evidencia de una amistad y un respeto mutuo que se desprende de toda una obra en la que las referencias son constantes.

La necesidad de recuperar, sobre todo, al Dalí más híbrido y menos conocido, al que se encuentra en sus escritos, en sus objetos de donde se desprende realmente la valía de su obra y el contenido altamente irónico y desequilibrador que el artista busca para hacer de sus obras un correlato de su vida y la configuración del creador como parodia del genio. A pesar de la aparente irracionalidad de su producción, en sus escritos se desvela a un pensador concienzudo, cerebral y de una alta calidad literaria, es una invitación a leer a Dalí y deleitarnos con su ingenio, para luego ver sus cuadros, y sobre todo, sus instalaciones, intervenciones, diseños, discursos y apariciones públicas que son el reflejo de un claro propósito: la mitificación del "genio" que da lugar a mostrar la imagen irrisoria de sí mismo, algo que la historiografía convencional no contempla.

Dalí y Duchamp conforman una dualidad psicológica y una posición moral

común ante el arte del momento en el que sus métodos, opuestos en apariencia, nos hablan de una búsqueda artística incansable que se traduce en un constante merodear por los márgenes. Esa relación de contrarios cuyo encuentro fortuito y casual da lugar a colaboraciones extraordinarias, como puede ser el espacio dispuesto en la *Exposición Internacional del Surrealismo* de 1938. Ambos se lanzaron al descubrimiento maravilloso del mundo del objeto que les eclipsa a ambos y a toda la vanguardia hasta nuestros días. En este ámbito, Dalí manipula los objetos y se sirve de ellos para generar uno nuevo y Duchamp los escoge al azar sin manipularlos, uno y otro juegan con la objetualización del mundo del arte y la valoración de lo cotidiano como algo sorpresivo y sorprendente. De ahí las constantes citas que se hacen en sus obras el uno al otro, de alguna forma preludian la cadena de citas, lectura y relecturas tan propias de la condición posmodernidad.

Definitivamente el autor consigue a través de la aceptada figura de Duchamp lavar la imagen de Dalí cuya obra ha levantado ampollas y ha sido dispuesta en muchas ocasiones al margen de la vanguardia, en un plano a parte. El profesor Francisco Javier San Martín consigue disponer a ambos artistas en un plano histórico común al de sus coetáneos presentándolos como visionarios y demostrando que sus obras fueron un claro referente en el momento y una fuente constante de animadversión.